

Gigante es la primera calificación que se me viene al pensamiento ante la impresionante creación de José María Pou. Soberbia la puesta en escena de Calixto Bieito. Inigualable el trabajo del resto de los actores. Justísima esa iluminación fría como la estepa rusa pero determinante al ofrecernos a unos personajes ambiciosos y pútridos hasta la médula. Impactante, por último, la banda sonora moderna, efectista y envolvente...

...No hay duda de que Bieito posee el don de la teatralidad, y más allá, el olfato para el espectáculo total. Shakespeare, como todo lo bueno, es a su vez, difícil. Poner en escena El rey Lear, una obra conocida pero que no cuenta con la aceptación de los Hamlet, Macbeth o Romeo y Julieta y atreverse a darle tres horas y media de duración es una demostración de su amor al teatro y a la calidad. Necesitaba contar con una cabeza de cartel que aglutinara a esta caterva de seres inmorales que, llevados por el ansia del poder y el desprecio ante la paternidad, llevara a buen término esta obra modernísima.

Y el milagro surge cuando José María Pou sale a escena y nos mantiene en vilo durante las dos primeras horas. ¡Qué portento, qué fuerza, qué energía! Pero, ¿cómo es posible que este actor desarrolle un trabajo que iguala la labor intelectual con la física? Sabíamos que Pou era uno de los mejores intérpretes de España. Ahora, para una generación, el Rey Lear tendrá el rostro del actor. Me disculpo ante sus compañeros por no poder dedicarles el espacio que se merecen. Tan sólo dar fe de que todos, sin excepción, están a la altura de su protagonista.

Javier J. Paisano. Diario de Sevilla